

Diego Caro Cancela (Ed.), *“Cantad alto”. Cultura y antifranquismo en Andalucía (1965-1976)*, Granada, Comares, 2023, 316 págs.

Reseña de acceso abierto distribuida bajo una [Licencia Creative Commons Atribución 4.0 Internacional \(CC-BY 4.0\)](https://creativecommons.org/licenses/by/4.0/). / Open access review under a [Creative Commons Attribution 4.0 International License \(CC-BY 4.0\)](https://creativecommons.org/licenses/by/4.0/).

DOI: <https://doi.org/10.24197/ihemc.44.2024.901-906>

Coordinado por el historiador gaditano Diego Caro, este libro colectivo aborda para Andalucía un periodo muy delimitado, muy concreto de la historia de España y de la región, el del último franquismo y el todavía muy precario inicio de la Transición a la democracia (1965-1976) para explorar la derrota del régimen en el ámbito cultural y la afirmación de una alternativa democrática y modernizante que demandaba una sociedad civil crecientemente articulada. Un proceso que los aparatos de control y censura del régimen se veían cada vez en mayores aprietos para ponerle coto. Y que se manifestó en todo un conjunto de vertientes, desde la literatura al cine, a la música, a las artes plásticas cuyo desarrollo en dicho decenio es estudiado para la región andaluza en donde el sentido democrático y de defensa de unos valores antitéticos a los que sustentaban la Dictadura se engarzó con la consolidación de una dolorida conciencia del atraso de la región que fue interpretado en términos de subdesarrollo, de colonialismo, incluso. De tal forma que en las diferentes expresiones culturales que aquí se examinan la ruptura con los valores y con la estética de un régimen que declinaba se verificó a menudo poniendo a la vista del lector o del espectador los problemas candentes en los que esa situación subalterna de Andalucía se ponía de manifiesto de forma más hiriente y palpable, u otorgando una nuevo significado a géneros artísticos, como el flamenco, tan característicos de la idiosincrasia andaluza pero que el régimen se había apropiado y había desnaturalizado. Y no solo eso, sino que lo había convertido en uno de los elementos supuestamente más genuinos de la identidad, no solo andaluza sino española (es cierto que esta forma de entender el flamenco venía de mucho más atrás, de la imagen que el romanticismo europeo había acuñado de España poniendo en el foco a la región andaluza).

El libro consta de 15 entradas y aunque no procede –como suele ser habitual en este tipo de volúmenes colectivos- de un proyecto de investigación financiado, sí que refleja la labor investigadora de un grupo de trabajo interdisciplinar de la Universidad de Cádiz, con las siglas HUM-557 (“Élites, Notables y Pueblo”), que dirige el propio Diego Caro y que da la impresión,

por la temática que este libro aborda, que se ha propuesto ampliar su radio de acción entrando en temáticas que más que a la historia cultural corresponden a la historia de la cultura entendida en un sentido más clásico. Es de agradecer ciertamente este esfuerzo, así como el cuidado que el editor se ha tomado no limitándose a hacer una introducción o a lo sumo un capítulo, sino por medio de escoger y glosar sucesos que, dentro de la historia andaluza en el periodo postrero de la Dictadura, sirven para marcar simbólicamente su comienzo y su conclusión, como fueron el homenaje frustrado al poeta Antonio Machado en la localidad de Baeza, en febrero de 1966 (ya había habido otro, en 1959, en Collioure –Colliure en catalán-, donde reposan sus restos) o el homenaje a Federico García Lorca en Fuentevaqueros, el 5 de junio de 1976 (“el 5 a las 5 con Federico”). El editor del libro, además, firma otros tres capítulos que completan aspectos tocados en las diferentes secciones del mismo.

Así el que dedica a la operación propagandística que supuso la celebración de los XXV años de Paz pero en un contexto en el que el régimen dictatorial carecía de un proyecto cultural propio, volviéndose cada vez más evidente que, tanto el que sustentaba Falange, como el de la coalición católica estaban agotados. En un segundo texto de esta parte preliminar del libro, Caro efectúa un repaso de cómo se fue articulando en Andalucía la oposición a la Dictadura, dirigiendo la atención a un movimiento obrero que poco tenía que ver con el anterior a la Guerra Civil (Comisiones Obreras, USO, el papel de los curas obreros...), a los partidos políticos de izquierda (PCE, PTE y un Partido Socialista que, justamente en Andalucía –y desde Andalucía– comenzaba a renovarse, saliendo de una prolongada fase de postración) y al movimiento estudiantil que fue una cantera, no solo de líderes políticos, sino también de activistas y creadores culturales.

Manuel Morales, uno de nuestros mejores expertos en la historia de la sociabilidad firma otra entrada, muy sustanciosa e informada sobre lo que titula, “Espacios de libertad”. En ella nos da un inventario de todo un conjunto variado de lugares de encuentro (y de sus integrantes) en los que se desarrolló en el tardofranquismo una sociabilidad parapolítica: ateneos, círculos, clubs, de variada orientación, pero con un común sentido crítico y de ruptura con lo existente; librerías, tan importantes entonces; bares y tabernas, despachos de abogados... y hasta la calle como lugar de encuentro de los activistas políticos y sindicales. Se trata de un trabajo minucioso, casi de un censo de lugares y personas, que el autor conoce a la perfección.

En una segunda parte, que habría que entender también como informativa o preparatoria de los trabajos que forman el núcleo del libro, están dos entradas acerca, una de ellas, de la realidad económica andaluza, a cargo

de Enrique Montañés, y sobre la emergencia del nacionalismo político andaluz, la otra, firmada en este segundo caso por Cristian Rodríguez Mesa. Montañés nos ofrece una ortodoxa y completa síntesis del estado de la economía andaluza entre 1960 y 1975 que si bien no se sustrajo al crecimiento general del PIB y de la renta disponible no logró sin embargo modificar la situación de atraso relativo de la región (perdió, incluso un puesto en el listado del desarrollo regional). Tampoco este proceso expansivo ayudó a rebajar de forma significativa las desigualdades históricas que padecía la sociedad andaluza: la emigración masiva sería una prueba elocuente de ello.

En cierto modo en lo que podríamos considerar como un complemento al texto de Diego Caro sobre las fuerzas políticas operantes en la región, la contribución de Rodríguez Mesa nos instruye sobre otro elemento muy importante de las mismas: el andalucismo político. En su aportación nos explica como los textos seminales de Alfonso Carlos Comín y de otros autores como Antonio Burgos pusieron las bases para la creación de un marco interpretativo de la realidad regional en términos de subdesarrollo y colonialismo que, aunque fueron asumidos también por otras fuerzas opositoras, cuajaron sobre todo en que se fuera concretando una corriente política autónoma, propiamente andalucista, algunos de cuyos pasos serían la constitución del grupo Compromiso Político, la creación, en 1976, del Partido Socialista Andaluz o la reivindicación de un “poder andaluz”. Nos explica también cómo estas iniciativas acabaron muriendo de éxito porque frente a los modestos resultados electorales conseguidos por las formaciones andalucistas, lograron a la postre que buena parte de sus reivindicaciones se cumplieran al convertirse Andalucía en Comunidad Autónoma en 1982.

La tercera parte que busca desglosar los diferentes aspectos o vertientes en que se concretó, en el plano literario y artístico lo que se califica como “La emergencia de una cultura andaluza alternativa y democrática” es sin lugar a dudas la más extensa y a ella nos introduce, como pórtico, la contribución ya citada del editor del libro, sobre el accidentado intento de homenajear la memoria de Antonio Machado en Baeza, en 1966. A ella le siguen 9 trabajos que, desde la narrativa creada por los que con mayor o menos fortuna fueron llamados “Narraluces” a las semanas de cine de autor de Benalmádena buscan ofrecer un análisis en ocasiones bastante detallado de las manifestaciones culturales poniendo siempre de manifiesto la interacción entre los creadores, sus obras y las propuestas de cambio y de ruptura que llegaban desde la sociedad civil, y con la defensa de unos valores democráticos y/o revolucionarios que cobraban una especial pertinencia al tratar la realidad andaluza. O buscando enlazar con la obra de los creadores andaluces de la

época anterior a la Guerra Civil o del exilio Esa interacción se tradujo a menudo, en no pocos artistas en un compromiso político explícito, entrando a militar en formaciones de izquierda, señaladamente en el PCE.

La literatura ofrecería un campo muy propicio para la denuncia y la invitación a la rebelión, caso por ejemplo de determinadas narrativas como las de Alfonso Grosso, Caballero Bonald (antes de que su obra transitara por caminos experimentales), Manuel Barrios, entre otros, siendo frecuente que, en la línea de la novela social, tomaran la realidad del campo andaluz, de la vida campesina en la región como el escenario de sus tramas narrativas (sería el caso de la novela *La zanja*, de Grosso o de *Tierra de rastros*, de García Cano). Como afirma José Jurado Morales, en su capítulo sobre esta vertiente, los escritores tomaron el pulso de la realidad histórica de Andalucía y ayudaron a formar una conciencia política y ciudadana entre los habitantes de la región.

Cosa no muy distinta sucedió en el plano poético tratado por Magdalena González pero con algunas particularidades, como la influencia, tan grande (el magisterio, el modelo) ejercida por los grandes poetas andaluces formados antes de la Guerra, ya estuvieran fallecidos o siguieran vivos (Lorca, Alberti, Cernuda...) o el papel ejercido por las revistas poéticas, abundantes, algunas de las cuales, como *Litoral* provenían también de tiempos prebélicos, Como apunta la autora, dichas publicaciones hablaban (de) y buscaban la libertad y experimentaban con la contracultura y la vanguardia gráfica desarrollando en sus páginas una poética ajena a la experiencia de la Guerra Civil. Y que intentaba resignificar la realidad de Andalucía (la inspiración en Alberti sería fundamental para ello).

Como contrapunto a lo analizado en la contribución anterior se podría poner el caso, desarrollado en uno de los últimos capítulos del libro por lo que se llamó “La ciudad de los poetas”, a saber, la localidad gaditana de Arcos de la Frontera. Título que cobraría sentido merced a una cohorte de poetas locales, muy bien imbricados en las estructuras del régimen franquista y con muy buenas conexiones con círculos y galardones literarios de alcance nacional (la tutela de José M^a Pemán, por ejemplo, sería importante). Pero también aquí, como apunta Antonio Ortega, se atisbaron algunos cambios en los años setenta y se hicieron patentes las limitaciones socioculturales que imponía la Dictadura (la detención del bailarín Antonio, o la suspensión de unas jornadas literarias en 1975).

El teatro, las artes plásticas, el flamenco (y otros tipos de música), el cine son objeto de otras colaboraciones en las que se evidencia en mayor o menor grado el compromiso con el resurgir de Andalucía desde unas coordenadas

democráticas y autonomistas. El flamenco fue quizás el paradigma de la reorientación que experimentó la cultura regional tanto porque una serie de cantaores (José Menese, Manuel Gerena, Enrique Morente) repudiaron con sus cantes y su ejemplo cívico lo que se ha dado en llamar “nacionalflamenquismo”, como porque lo *jondo* fue reivindicado como uno de los componentes más genuinos de la nueva identidad andaluza. El papel de algunos intelectuales como Caballero Bonald o Moreno Galván en este proceso de revalorización y resignificación son también resaltados por Olimpia García-López que también trata de la proyección teatral del flamenco, glosando algunos montajes de Mario Maya (*Camelamos naquerar*, por ejemplo).

Otros géneros musicales diferenciados del flamenco, como la canción de autor, el folk, el rock (englobados dentro de la música grabada), si bien no desempeñaron el mismo papel o tardaron más en servir de canal para discursos y prácticas democráticas también son reseñados en este libro, en este caso, por Diego García-Peinazo quien observa cómo la identidad política de esta canción popular debemos rastrearla no solo en los temas, sino también en otros planos como la gestualidad, la estética visual, las actitudes de los intérpretes. Un aspecto original de su texto es el análisis musicológico –muy preciso y no fácil de seguir para un profano- de tres *tracks* de géneros representativos de las músicas estudiadas.

Gestualidad, corporalidad, aportación creativa de los propios intérpretes que trascendería o enriquecería el texto del autor son rasgos que singularizan también la actividad de algunos grupos teatrales andaluces en los que, como sucedía en el flamenco –del que van a recibir importantes préstamos- la denuncia, la reivindicación siempre en torno al atraso o marginalidad de Andalucía o de algunos de sus grupos cultural y étnicamente diferenciados, como el pueblo gitano van a estar muy presentes. En la contribución que firma Laura Núñez Pastrana todo esto se hace muy patente por medio del estudio de los grupos de teatro independiente (*Quimera*, *Teatro Estudio Lebrijano*, *Esperpento*, *La Cuadra*, entre otros).

No podía faltar en este libro un capítulo dedicado a las artes plásticas, en este caso a cargo de Bernardo Palomo. Es cierto que en este ámbito el engarce con los movimientos y grupos que apostaban por una salida democrática y que reivindicaban otra Andalucía tenía que verificarse valiéndose de recursos expresivos no tan abiertamente explícitos como la palabra hablada o escrita. Aun así se fue abriendo camino un tipo de arte que no compaginaba o que rompía con el adocenado y costumbrista que placía a los gestores culturales del régimen (las “alambritas”, por ejemplo) y esa línea el autor la encuentra

en la actividad de colectivos como el cordobés Equipo 57, en figuras singulares con una reconocida proyección, como los granadinos José Guerrero o Manuel Rivera, en el Grupo Picasso de Málaga o en ciertos artistas sevillanos vinculados a la línea socialmente comprometida de Estampa Popular (Francisco Cuadrado, Cristóbal Aguilar, entre otros).

Este repaso lo cierra el propio Caro con el capítulo que dedica a la Semana internacional de cine de autor de Belmádena, sobre todo cuando la dirección de la misma fue confiada en 1972 al cineasta gaditano Julio Diamante que por medio de la arriesgada e innovadora programación de películas y ciclos que chocaban abiertamente con los principios y valores que el régimen defendía en el plano cultural y cinematográfico –valiéndose de la censura o de la prohibición pura y simple-, devino “en una plataforma en la lucha por la libertad de expresión, no solo en España sino en cualquier parte en donde esta fuera perseguida”, en palabras del propio Diamante.

RAFAEL SERRANO GARCÍA

<https://orcid.org/0000-0002-5238-5606>

Instituto Universitario de Historia Simancas-Universidad de Valladolid

rafael.serrano@uva.es